

pretativas. Es a partir de aquí que se debería empezar a trabajar. Por otra parte los autores insisten una y otra vez en que no buscan una interpretación unívoca del arte paleolítico, sino que presentan una línea de investigación.

A nuestro modo de ver, este balance de la crítica emitida y su respuesta se convierten en la aportación más importante y reveladora de la edición de Ariel, ya que pone de manifiesto el interés, el conocimiento, la profesionalidad, la ética y hasta la envidia y los celos de ciertos estudiosos.

Reconocer hoy en día conceptos como magia o chamanismo en las manifestaciones culturales del paleolítico superior no debería escandalizar a nadie. Lo que podría sorprender, y no es el caso que nos ocupa, sería exponer el significado concreto y específico de las figuras paleolíticas a partir del chamanismo de los grupos cazadores contemporáneos, ya que tanto los sueños, como las alucinaciones y el conjunto de visiones chamánicas son símbolos que se codifican según cada grupo cultural y contexto.

Los estudios etnológicos han demostrado que la práctica del chamanismo sobrevive en muchos lugares del planeta y no solamente entre cazadores recolectores, sino también en comunidades agrícolas y pastoriles. Es decir, que existe una gran perduración en el tiempo y en el espacio de antiguas estructuras de pensamiento religioso que persiguen el dominio y la comunicación con el mundo sobrenatural. Es lógico pensar que el origen del chamanismo se halla en la raíz misma del Paleolítico, por lo tanto será imprescindible investigar en esta línea para buscar la comprobación de la hipótesis planteada.

Los chamanes de la prehistoria es una obra ampliamente recomendable a los historiadores, arqueólogos, antropólogos, a todos los interesados en indagar el origen del arte y en profundizar en el conocimiento del espíritu creativo del ser humano, y en especial a los que se esfuerzan por comprender y describir el contenido del arte rupestre. El estudio sobre los sistemas de comunicación de la prehistoria, que se manifiestan a través de representaciones gráficas, requiere de rigurosos estudios y de nuevos planteamientos enfocados desde diferentes perspectivas. Sabemos que el objetivo de la investigación no debería quedarse en la mera acumulación de datos y descripciones, sino que es alcanzar la interpretación de estos documentos. En este sentido es saludable y recomendable la lectura de este libro.

Ramon Viñas
Albert Rubio

JEHASSE, Jean et Laurence (2001): *Aléria. Nouvelles données de la nécropole*. Travaux de la Maison de L'Orient Méditerranéen, 34. París, II vols. 397 p.; 204 láms.

La publicación por Jean y Laurence Jehasse en 1973 de la obra *La Nécropole préromaine d'Aléria: 1960-1968* constituyó un hito en la historia de la investigación protohistórica en el ámbito del Mediterráneo. Junto a la necrópolis de La Spina (Italia), Aléria constituyó un punto de referencia clave para el estudio de las influencias de la sociedad colonial greco-focea sobre las comunidades indígenas en Córcega y, por extensión, en el Mediterráneo occidental, así como un corpus de consulta y análisis inexcusable para la identificación de las tipologías materiales de origen griego en la esfera colonial y comercial del extremo Occidente. Recordemos que, en esa fecha, los investigadores en la península Ibérica trabajaban esencialmente a partir de las publicaciones de J.D. Beazley (que no recogían la problemática de las series peninsulares) y, muy especialmente, con la obra *Las cerámicas griegas en la península Ibérica* de Gloria Trías, aparecida en 1968. Cabría esperar hasta 1977, en que Marina Picazo publicó *Las cerámicas áticas de Ullastret*, para contar con una monografía específica de las producciones griegas en un yacimiento ibérico. Si bien se irían sumando trabajos puntuales y valiosos en torno a esa fecha respecto a la tipología y volumen del tráfico comercial griego en la Península (Cástulo, La Bastida de los Alcuses), cabría esperar hasta las síntesis de J. J. Jully, P. Rouillard y C. Sánchez, para disponer de una información actualizada sobre el tema, un déficit que tan sólo se ha subsanado (y de forma parcial) durante la década de 1990. *La Nécropole préromaine d'Aléria* se convirtió por tanto en un referente inexcusable para el análisis de las series de materiales no incluidas en la monografía de B. A. Sparkes y L. Tacott sobre la cerámica de barniz negro del Ágora de Atenas.

El impacto de la primera publicación condiciona que resulte especialmente importante la aparición de este segundo volumen. Si en la primera obra se estudiaban 105 tumbas, en la actual se analizan un total de 73 enterramientos, muchos de ellos colectivos, por lo que han podido identificarse hasta 131 individuos incinerados o inhumados, datados entre los siglos V y III a.C., cuyos ajuares reúnen más de 2.500 ítems documentados y estudiados, que complementan y amplían, como no podía ser de otro modo, los datos de la publicación de 1973. El concepto de continuidad respecto a la obra de 1973 se refleja en la numeración correlativa dada a las tumbas y a los materiales.

Metodológicamente correcta, la obra se divide en cuatro partes principales y varios anexos. En la primera, *Nouvelles données de la nécropole d'Aléria*, se analizan las circunstancias del hallazgo, características del yacimiento y la metodología seguida durante el proceso de excavación. Los datos obtenidos permiten un interesante análisis de los rituales funerarios practicados en la necrópolis, en la que coexisten el rito de incineración/cremación, en el que no se aprecian variaciones substanciales a lo largo de las diversas fases de empleo del yacimiento, y el rito de inhumación simple en el que, por el contrario, pueden observarse modificaciones en cuanto al tratamiento dado al cadáver y la posición en la que el mismo es introducido en el interior de la tumba, determinándose un cambio significativo en el procedimiento durante la transición de los siglos v al iv a.C. La reutilización de las tumbas de cámara a lo largo de varios siglos permite indicar cambios en la estructura tanto de los sistemas sociales de raíz familiar como políticos en el seno de la comunidad de los alerios, mientras que un somero análisis paleoantropológico permite la definición de los enterramientos masculinos y femeninos, así como, obviamente, la interrelación que este dato supone para el análisis conceptual de los materiales que configuran los ajuares funerarios.

Los siguientes apartados analizan en conjunto las tres fases de actividad en la necrópolis. *Primer período* (500-350 a.C.), *Segundo período* (350-250 a.C.) y *Tercer período* (250-150 a.C.), incluyendo en cada caso un estudio de los materiales dividido en tres grupos principales: vasos cerámicos, objetos metálicos y materiales diversos. A su vez, y en función de los ítems, cada apartado se subdivide en nuevos epígrafes específicos relativos a las diversas *facies* o producciones cerámicas, o al tipo de metal empleado en la fabricación de los objetos; un balance conclusivo de cada período permite presentar las tesis sobre la composición de los ajuares, formal, tipológica y numérica, de las tumbas de cada fase.

El catálogo de las tumbas constituye la parte fundamental de la obra (pp. 95-328, más las láminas del tomo segundo). Cada tumba se presenta siguiendo un esquema lineal en el que se incluye la descripción de las características constructivas de la misma, los datos antropológico-forenses del inhumado en el caso de que la tumba corresponda al ritual indicado, y la descripción de los principales elementos del ajuar, con indicación de los paralelos básicos de cada pieza que permiten su datación crono-tipológica. No obstante, en muchos casos las descripciones de las piezas son parcas y, aunque pueden complementarse con la documentación gráfica, no son suficientes para determinar

un análisis completo de las piezas. Del mismo modo, los esquemas de las tumbas, especialmente las que carecen de estructuras constructivas, son muy simples, puesto que con frecuencia no se indican elementos tales como el límite del enterramiento, la forma en que estaban ubicados los objetos (sí su posición, indicada por una cifra que se refiere al listado del catálogo de cada tumba) y, especialmente, el estado de conservación de la inhumación, puesto que el dibujo del cadáver es genérico y se deduce que en todos los casos se conservó la totalidad de esqueleto, y que en ningún caso los cadáveres sufrieron un tratamiento post-mortem previo a la inhumación. Esta deficiencia es menor en el caso de las tumbas de cámara, en las que sí se incluyen plantas y alzados.

No obstante, y con independencia de los problemas indicados, debe remarcarse que el volumen de información contenido excede en mucho la proporcionada por monografías similares, por lo que en ningún caso se presupone un descenso de la calidad global del trabajo.

Entre los anexos al texto destaca el estudio de los grafitos realizado por Jacques Heurgon, quien ya estudió las 118 marcas incluidas en el volumen de 1973. Se incluyen ahora 112 nuevas marcas de propiedad, fabricación o contenido, de las que se proporciona tanto la representación gráfica como la transcripción y las características básicas de la pieza o soporte en la que se encuentran, siendo de lamentar la falta de inclusión de escala gráfica en los dibujos. J. Heurgon presenta también un estudio comparativo, tanto de los nombres propios como de las letras, dividido en dos períodos, 500-350 a.C. y 350-250 a.C., siendo interesante constatar, por ejemplo, el predominio de nombres etruscos en el período 350-250 a.C., lo que combinado con la práctica ausencia de nombre griegos en la misma fase contradice en gran manera las ideas más extendidas sobre la estructura social y económica de Córcega durante los siglos iv y iii a.C. Las letras etruscas son igualmente mayoría, no sólo en las fases segunda y tercera de la necrópolis, sino también en la correspondiente al siglo v y primera mitad del iv a.C.

En el debe del libro se sitúan en primer lugar las conclusiones, excesivamente breves y generales en relación con la extensión de la información aportada, por lo que la síntesis histórica de la documentación debe considerarse deslavazada cuando no inexistente. Del mismo modo, la obra carece de estudios específicos sobre paleoantropología, antropometría, paleofauna, sedimentología y otras disciplinas inexcusables en el ámbito de los estudios sobre arqueología de la muerte, por lo que la ausen-

cia de dimensión histórica puede provocar que el libro sea considerado como un mero catálogo cuando, en realidad, es mucho más que eso.

Francisco Gracia Alonso

GARLAN, Yvon: *Amphores et timbres amphoriques grecs. Entre érudition et idéologie*. Institut de France, Mémoires de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres, nouvelle série, tome XXI, Diffusion de Boccard, París, 2000, 210 p., 113 il.

Cualquier investigador de la economía o de la historia social y militar de la Grecia antigua conoce sobradamente la obra de Yvon Garlan. Sus trabajos, sin excepción, son imprescindibles para el estudio de la guerra (Garlan 1972, 1974 y 1989), de la esclavitud (Garlan 1982, 1984 y 1995²), de la economía de la antigüedad helena y, en estrecha relación con ésta, de la producción, distribución y epigrafía anfórica (Garlan 1988, 1999a, 1999b, Empereur y Garlan 1986, 1987, 1992, 1997). La lista de títulos sería interminable, pero si tuviésemos que destacar cuáles son los rasgos que definen la producción intelectual del autor francés ellos serían, sin duda, el rigor y conocimiento de todo tipo de fuentes, así como la visión de *historiador total* que vertebra cada uno de sus trabajos. El énfasis en lo dicho es en el caso de Yvon Garlan obligado, nada gratuito, ya que con ello queremos contrastar algo que abunda en los trabajos que, como el que reseñamos, parten del estudio de las ánforas (tipologías, epigrafía, contenidos, redes de distribución) para proyectar una nueva luz sobre la economía en el mundo antiguo, a saber, el vicio de esa arqueología o historiografía deficiente que se queda tan sólo con el objeto material, no coteja los textos de los autores clásicos o las fuentes iconográficas y no proyecta su mirada más allá de su coto cerrado. Contra ese mal de muchos historiadores y arqueólogos —en este caso una simple disputa nominalista, porque el objetivo debería ser imperativamente el mismo— nos previene el propio autor en la introducción: evitar los males endémicos de la acumulación indebida de material por parte de los descubridores o conservadores, atajar la anarquía en las publicaciones, compensar el exceso de positivismo como antídoto contra la erudición e, incluso, no abusar de la utilización de una terminología anacrónica y propia de la economía liberal. A ello podría sumarse el atinado consejo de H.-I. Marrou, citado también en la introducción, y que podría sintetizarse en la idea de que un corpus de sellos no puede ser un fin en sí mismo, sino que se justifica por el servicio que ofrece al historiador (*De la connaissance historique*, p. 211). No se trata de discutir cuál es la aproximación

correcta a un material, como el anfórico, que rebosa en los depósitos de los museos y nos reclama imperiosamente una interpretación. Lo más sensato es una colaboración interdisciplinar que, salvando las disputas sobre quién es auxiliar de quién, aúne esfuerzos y conocimientos para construir un modelo hermenéutico que proporcione una explicación convincente sobre la economía de la antigüedad.

Yvon Garlan, desde hace ya unos cuantos años, se ha embarcado en la no fácil tarea de construir ese modelo interpretativo que nos ayude a explicar la producción anfórica y las redes de distribución de productos en la Grecia antigua. Y aunque el libro que ahora presenta no es del todo inédito, ya que en parte contiene material disperso en el pasado aquí y allá, su mérito más destacable consiste, no obstante, en ofrecer a neófitos e iniciados una obra genérica de referencia —por cierto, casi inexistente sobre el tema— en la que podamos aprender todos, a saber, desde el que se dedica a la economía, a la anforología o a la epigrafía, hasta cualquier otro especialista de la historia de la antigüedad. Y porfío en la idea, porque cualquier lector que se sumerja en las páginas del libro del profesor Garlan observará enseguida que nos hallamos frente a una especie amenazada de historiador, en peligro de extinción, a saber, la de aquél que no se conforma con el simple estar al día de las publicaciones gremiales, sino que busca la corroboración de sus conjeturas con la ayuda de especialistas de otros campos, que puedan salvar nuestras deficiencias en filología, en onomástica o en análisis de pastas, por citar sólo tres ejemplos. Por supuesto, la experiencia y sólida formación del autor no descuida el frecuentar los textos clásicos y beneficiarse del caudal de informaciones que nos ofrecen para ayudarnos a interpretar hallazgos que, de otra manera, a menudo serían mudos.

En un primer capítulo, titulado *Essai d'historiographie*, se lleva a cabo un recorrido por la historia de la disciplina en la que destacan sin duda los nombres del ruso B. N. Grakov (1899-1970) y de la estadounidense V. Grace (1901-1994), los dos máximos impulsores de la anforología griega, fundada en torno al 1850 por otro ruso, L. Stephani, y un inglés, J. L. Stoddart. Resultan sumamente interesantes las reflexiones sobre cómo el entorno ideológico en el que investigamos puede condicionar nuestras interpretaciones. Así, si entre los autores rusos —o ex soviéticos— abundan las consignas marxistas, la iniciativa privada del capitalismo liberal o la onomástica de las ánforas como un indicador de las contradicciones de una sociedad esclavista como la antigua, en cambio, en los trabajos de V. Grace, muy influenciada por el capitalismo moralizador impulsado por el New Deal, encontraremos